1931-1936

La República

La esperanza fue la consigna general el 14 de abril. El júbilo hermanó a gentes de toda condición, abanderadas de una causa que les iba a exigir un sinfín de desafíos.

1931-1936
La República

España tenía muchos problemas en 1931. Alfonso XIII, o la monarquía que encarnaba, era uno de ellos, y por eso el pueblo acogió el advenimiento de la Segunda República con tanta esperanza. La nueva Constitución quiso amparar esas ilusiones colectivas y la agenda reformista acaparó las políticas del primer Gobierno. Pero, desde el principio, la República tuvo algo de juego de la soga: un tira y afloja entre fuerzas antagónicas que hacían y deshacían, andaban y desandaban el camino. Por tanto, lo que empezó siendo un sueño acabó, cinco años después, con la pesadilla de la Guerra Civil.

España no era exactamente un país en 1931. Era, más bien, un dilema, en el que las *equis* de las cuestiones agraria, educativa, militar y religiosa se acumulaban, empañando el resultado final de la ecuación. Al primer Gobierno reformista de Manuel Azaña le siguió, en 1933, un periodo conservador denominado Bienio Negro, con un Gobierno de coalición entre la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, que reprimió salvajemente la revolución de Asturias de 1934. Las elecciones de febrero de 1936 dieron la victoria al izquierdista Frente Popular, en una España cada vez más polarizada y dramáticamente irreconocible, que el golpe de Estado del 18 de julio empujó al precipicio de la guerra.

Entre huelgas, revoluciones, escándalos como el del estraperlo, que tumbó la trayectoria, poco ejemplar, de varios políticos, y muertos, muchos muertos, hubo tiempo para que las mujeres votaran por primera vez en su historia, el 19 de noviembre de 1933. El destino de la República estaba, nunca mejor dicho, en sus manos.

Durante aquellos años de optimismo y miedo, el espíritu de la cultura se hizo carne. Federico García Lorca llevó a los pueblos de España su amor por los clásicos con La Barraca, su compañía de teatro itinerante, y cada 23 de abril, a partir de 1931, empezamos a celebrar el Día del Libro. La pasión se desbordaba en los estadios de fútbol, otra expresión de la cultura, alimentada por la épica de la radio.

Fuera de nuestras fronteras, Hitler mandaba en Alemania, y Stalin instituía el gulag en Rusia. Los líderes de Europa y del mundo también jugaban a la soga. Los ahorcados éramos nosotros ■

1957-1973
El entrañable Seiscientos

En 1967, cuando Stanley Donen rodó ese canto a los estragos del tiempo que es *Dos en la carretera*, había en España 1 330 000 turismos, de los que cerca del 60 % eran SEAT, y la mayoría de ellos, naturalmente, Seiscientos. A la sazón, este coche era ya el segundo mejor amigo del hombre y, para aquellos que no tenían mascota, el primero. Solo hay que escuchar a cualquiera de los usuarios que lo salvaron de la chatarra del desguace y lo siguen sacando a pasear para comprenderlo.

Durante los meses de verano, el Seiscientos era una bombonera sin fondo, en la que cabía toda la familia y quizá también la del vecino, junto con los instrumentos necesarios para disfrutar de la playa y la montaña, o sea, el equipo de escalada y los taladros para las prospecciones en la arena.

Si la ciencia sociológica se propusiera resumir los años sesenta en España con una sola imagen, esa sería la de este coche achaparrado y resuelto, que se enseñoreó de nuestras carreteras y mostró a sus usuarios el significado de la palabra «libertad».

El SEAT 600 fue el primer vehículo para muchos españoles, no solo potentados y no solo varones («este coche utilitario español aparece muchas veces conducido por manos de mujer», se advertía en un noticiario de la época), y perfiló una España en parte más uniforme y solidaria, que gracias a él dejó de moverse a dos velocidades. Lo hizo, claro, a los 95 km/h que marcaban los primeros modelos, los llamados «normales». Fue el coche de la ciudad, del campo y de la playa. El automóvil de la gente y del progreso. Un símbolo de los caminos, igual que el toro de Osborne: no deja de ser curioso que ambos, el toro bravo y nuestro coche más bragado, pesaran más o menos lo mismo, unos seiscientos kilos.

«Este coche utilitario español aparece muchas veces conducido por manos de mujer», se advertía en un noticiario de la época

La modernidad asistió a un parto múltiple en el año 1957: mientras el Seiscientos echaba a rodar en una fábrica de la Zona Franca de Barcelona, Televisión Española presentaba su primer Telediario, que tantas veces se ocuparía luego del «Pelotilla» o el «Ombligo», como algunos denominaron al coche.

Hijo legítimo del FIAT 600, el primer Seiscientos carpetovetónico vino apoyado por los socios italianos de la Sociedad Española de Automóviles de Turismo. El primer vehículo se matriculó el 8 de junio y, a finales de aquel año, se habían fabricado unas 2500 unidades, muchas de ellas adquiridas «sobre plano» por la elite del régimen. El general Muñoz Grandes le regaló uno a su hijo, y Carmen Polo de Franco, la mujer del Generalísimo, no quiso quedarse

Hoy, un desfile de coches antiguos; ayer, una estampa normal en cualquier ciudad española, con su guardia urbano, su taxi modelo SEAT 1500 y el entrañable «pelotilla», el Seiscientos, haciéndose un hueco en mitad de la calle.

atrás. Era tendencia. Pero hasta mediados de los años sesenta no todo el mundo se pudo permitir el capricho, como nos mostraba la película *Ya tenemos coche* (1958), en la que el protagonista se veía obligado a vender su colección de sellos para hacerse con ese icono de la nueva España.

La renta media anual rondaba entonces las 18 000 pesetas, y los primeros Seiscientos costaban 71 000. El cascarón del éxito no se rompería hasta que los sueldos despegaran y la clase media exhibiera el músculo de su bolsillo. En 1957, había que trabajar alrededor de 42 meses

para comprarse un Seiscientos; en 1973, el último año de su producción, bastaba con los ahorros de seis.

El Seiscientos reinventó el turismo e inventó el pago a plazos.

Aun así, desde el primer momento la demanda superó con creces la oferta, lo que se tradujo en inversiones, infraestructuras y empleo. Frente a los inalcanzables 1400 o los «cuatro-cuatro» de Renault, el cachorro de la SEAT resultaba bastante asequible. La fábrica no daba abasto para satisfacer los pedidos, y la entrega se podía demorar hasta medio año. Había quien no podía esperar más y desembolsaba un 20 % más en la reventa.

Desde su nacimiento, los fabricantes se afanaron en mejorar el prototipo. Muy pronto, los hubo descapotables y superaron los 100 km/h, todo un gancho para los anunciantes. El modelo 600 D, cuya puesta de largo tuvo lugar en 1963 y del que se fabricarían más de 400 000 unidades hasta 1970, afianzó la marca en esos años decisivos en que la mayoría de los españoles decidieron que les gustaba conducir, aunque siguiéramos a años luz de la media europea.

SEAT sí que hizo Marca España, en una época en la que no había tiempo para especular sobre lo que significaba o no significaba ese concepto. En 1971, las noticias informaban de una sustanciosa exportación de miles de Seiscientos a Finlandia, país donde el modelo se convirtió en el vehículo más vendido del año, por delante del popular «Escarabajo». Otras muchas naciones sucumbieron a sus encantos hasta que el 3 de agosto de 1973 se sintieron los latidos del último modelo, bendecido por los empleados de la SEAT con una pancarta que rezaba: «Naciste príncipe, mueres Rey».

SEAT sí que hizo Marca España, en una época en la que no había tiempo para especular sobre lo que significaba o no significaba ese concepto

Aunque, bien mirado, el Seiscientos no murió, más bien abdicó. Vive en la memoria de todos los que una vez se sentaron a su volante y en los anuncios de segunda mano, donde los más melancólicos pueden adquirir un pedazo de la historia de España desde 2500 euros ■

1956-1968

Los estudiantes a la carrera: ¡que vienen los grises!

En su discurso de fin de año de 1955, Franco detectó el «tufillo o hedor masónico que caracterizó nuestros años tristes». A buen seguro, la «peste» provenía también del ambiente universitario, que aireaba ya sus primeras críticas contra el régimen. El clima estaba lo bastante enrarecido en febrero de 1956, cuando se produjeron los sucesos de la universidad de Madrid, que provocaron el cese del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, y la dimisión del rector, Pedro Laín Entralgo.

La iniciativa de convocar un Congreso de Escritores Jóvenes Universitarios escamó a las autoridades políticas y al SEU, Sindicato Español Universitario de inspiración nacional-sindicalista y única orga-

Los grises espoleaban a los caballos, pero la sed de libertad era más acuciante que el miedo. La mordaza de las porras no fue capaz de silenciar el clamor de las gargantas y los libros.

nización estudiantil permitida por el régimen. El Congreso fue prohibido y los estudiantes prepararon otro de carácter nacional, denunciando, de paso, el «monopolio del pensamiento, de la expresión, de la vida corporativa, de la vida universitaria».

Fue entonces cuando los retrógrados del SEU —también había aperturistas en su seno— reaccionaron. El 7 de febrero reventaron las elecciones a delegados en la Facultad de Derecho. Hubo otro ataque el día 8. Y el 9 un miembro de Falanges Juveniles resultó herido en una escaramuza entre falangistas armados y estudiantes, organizada tal vez en el ministerio de Gobernación con el fin de poder intervenir en la universidad y atajar de raíz el «mal».

La Dirección General de Seguridad señaló como culpables del incidente a «elementos de filiación comunista», el Gobierno suspendió las clases, y se procedió al arresto de opositores al régimen como Dionisio Ridruejo, que había sido falangista de primera hora hasta que rompió con Franco; Enrique Múgica y Fernando Sánchez Dragó. Luego, llegarían el cese de Ruiz Giménez, la dimisión del rector, la apremiante crisis del SEU y la sensación de que, a pesar del músculo exhibido, el Gobierno estaba empezando a perder la universidad.

Doce años después, en mayo del 68, la juventud de París prohibió prohibir y quiso buscar la playa bajo los adoquines. El malestar no dependía de la forma de gobierno —democracia o dictadura— y era muy contagioso. Hubo un mayo del 68 en Alemania y una primavera de Praga a la que mató el verano de los tanques rusos. En la aldea global, la guerra de Vietnam sirvió como aglutinante de la ira y el internacionalismo revolucionario repicó también en España.

Aquel año, las huelgas y manifestaciones no pillaron desprevenidas a las autoridades franquistas, que llevaban mucho tiempo lidiando contra esa marea. «Los estudiantes son menos moderados; y, en vez de escribir, lanzan ladrillos», se quejaba en las páginas de *La Vanguardia* el periodista y escritor Manuel Pombo Angulo. La novedad de 1968 estribó en la persistencia de la rabia y en el número de centros que se sumaron a la protesta. Desde enero, cuando se decretó el cierre temporal de la facultad de Filosofía y Letras de Madrid por el lanzamiento de un crucifijo desde una ventana, hasta noviembre, con el incendio de la antigua universidad de la calle San Bernardo, no hubo un solo día de reposo: asambleas, proclama de comunas, homenajes al Che, quema del retrato de Franco en el decanato de la facultad de Derecho, creación de una Policía de Orden Universitario, caída del ministro de Educación... Tampoco ayudó a distender la tensión el primer atentado mortal de ETA, en agosto de 1968, que intensificaría la represión franquista.

La estampa que unos vivieron, y que otros hemos conocido por fotografías y documentales, retrata la desigual carga de la Policía Armada, los «grises», contra los estudiantes: los primeros aparecían a caballo y los segundos corrían, algunos con sus carpetas y libros debajo del brazo, para ponerse a salvo de las porras. Desde las ventanas de las facultades, los profesores y otros estudiantes seguían los acontecimientos, que crisparían a universidades de toda España, de Madrid a Barcelona, de Sevilla a Bilbao, de Santiago de Compostela a Zaragoza, de Granada a Valencia...

Allí, en Valencia, en un municipio del sur llamado Xàtiva, nació en 1940 el cantante Ramon Pelegero Sanchis, Raimon. Representante de la *Nova Cançó*, su tema más emblemático, «Al vent», había vendido decenas de miles de copias («no pasa nada porque haya una canción en catalán», lo excusó Fraga), y el 18 de mayo de 1968 ofreció un recital en el vestíbulo de la facultad de Políticas y Económicas de Madrid.

Los jóvenes se agolpaban en las plantas superiores, y en una de ellas ondeó una bandera con la hoz y el martillo. «¡Madrid con París, Madrid con París!», chillaron los estudiantes

El lleno era absoluto, hay quien dice que había unas seis mil personas, y eso que no era gratuito (el Sindicato Democrático de la Universidad de Madrid destinó lo recaudado a diversas causas obreras; a Raimon le pagaron el viaje). Los jóvenes se agolpaban en las plantas superiores, y en una de ellas ondeó una bandera con la hoz y el martillo. «¡Madrid con París, Madrid con París!», chillaron los estudiantes. «¡Libertad, libertad, democracia popular!», agregaron airados. «Papá, cuéntame otra vez todo lo que os divertisteis / estropeando la vejez a oxidados dictadores, / y cómo cantaste "Al vent" y ocupasteis la Sorbona / en aquel mayo francés en los días de vino y rosas», que decía la canción de Ismael Serrano.

Entre el público se encontraban fotoperiodistas infiltrados, que disparaban sus cámaras para que la Dirección General de Seguridad pudiera fichar a los revoltosos. Tampoco faltaban confidentes ni secretas de la Brigada Político-Social, que perseguía a los opositores al franquismo.

Durante sus cuarenta y cinco minutos de actuación, Raimon cantó «Al vent», por supuesto, y los estudiantes la corearon como un grito de *llum i pau*, de luz y de paz. Pero, a la salida, otra vez el tumulto. Fuera del recinto, aguardaban varias decenas de jeeps, tres camiones cisterna y los jinetes que habían convertido la Ciudad Universitaria en su particular caballeriza. «Diguem no!» (¡Digamos no!), exclamaron los estudiantes, que tomaron la avenida Complutense, levantaron algunas barricadas con señales de tráfico y ladrillos y se dirigieron hacia el arco de la Victoria, mientras la fuerza policial intervenía con dureza, los alumnos se refugiaban en las facultades y otros perdían pie y se despeñaban por los taludes del recinto. En la carretera de La Coruña, un Mercedes negro quedó detenido entre los manifestantes: en su interior viajaba la princesa Sofía, que observó con curiosidad la escandalera y escuchó los gritos hostiles a la institución que representaba.

Tras las detenciones de rigor, más o menos un centenar, hubo nuevos conatos de rebelión y carreras por la zona de Moncloa y Argüelles, hasta que, a las diez de la noche, todo quedó en calma. Hasta el día siguiente ■

1980-1985

¡A colocarse con la movida madrileña!

Ya ser posible todos bien «colocaos» en el centro de la plaza: el pasota y el chungo mano a mano con el calimocho, mientras la basca da buena cuenta de la litrona y lanza insultos a la bofia, que se lleva al talego a quien le parecía *demasié* incendiar varios cubos de basura tras darle mogollón al canuto y sentir feliz que se le estaba yendo la pinza. Como estamos de movida, podemos ponerle nombre a esa plaza, emblemática para la juventud de la época: la Plaza del Dos de Mayo. Barrio Malasaña. Madrid.

La movida es una sociología en sí misma, una sociología de la Transición más urbana, canalla, rebelde y despreocupada. Muerto el dictador, hay que abrirse a la libertad

En cierto modo, la movida es una sociología en sí misma, una sociología de la Transición más urbana, canalla, rebelde y despreocupada. Muerto el dictador, hay que abrirse a la libertad. Pero si los políticos deciden hacerlo poco a poco, tratando de no herir sensibilidades, una parte de la juventud prefiere hacerlo a lo bestia, nada de lavar los platos para un nuevo almuerzo, se trataba de cambiar la cubertería por completo y que los platos usados se hicieran añicos. Empezar de cero, vivir y beber el presente. Hasta que todo se olvide.

Madrid, la capital de la España franquista, identificada hasta entonces con un país centralista, iba a lanzar un grito, un chillido, cultural. El arte, la literatura, la música, la juventud toma las calles, toma influencias exteriores, especialmente del Londres cosmopolita, y deja de vestirse de torero para hacerlo de punk, de roquero o simplemente para dejar de vestirse.

Pero vayamos por orden, aunque esto no suponga seguir el tono de la movida. Lo cierto es que no hay un acta fundacional de este movimiento, como no la hay de la libertad. Se dice que el concierto homenaje al batería del grupo Tos, José Enrique Cano —*Canito*— en la Escuela de Caminos de la Universidad Politécnica de Madrid, fue la comadrona que trajo a esta criatura al mundo. Si así fuera, la movida madrileña habría nacido un 9 de febrero de 1980, pero hubo tantos padres, repartidos en tantos escenarios diferentes, que el bautismo se hizo de rogar.

La mayoría de los grupos que se aglutinaron bajo el paraguas de la movida madrileña se habían formado unos años antes: Kaka de Luxe lo hizo en 1977, Nacha Pop y Radio Futura en 1978, Alaska y los Pegamoides en 1979... Algunos de ellos actuaron aquella noche en la Escuela de

La noche madrileña iluminó a unos jóvenes creativos, insaciables, dispuestos a romper tabúes. La libertad era el hormigueo que estimulaba a los cachorros de la democracia.

Caminos y, al igual que buena parte del público, repitieron un año más tarde en el Concierto de Primavera de la Facultad de Arquitectura. La coincidencia, que no era tal, certificaba la existencia de una onda de gustos e intereses comunes. Fue, como si dijéramos, un homenaje a Góngora como el del 27, solo que la nueva generación no se perdía en culteranismos. Las letras de sus canciones eran deliciosamente rectilíneas y cachondas. Proponían un rock desenvuelto, todo lo inmaduro que uno quiera, sí, pero, ante todo, valiente, osado y propenso a las esdrújulas. Entonces era fácil criticarlos, tanto como hacer calceta mientras los «pinchaban» en *Popgrama*, la «revista de rock & rollo» de Televisión Española. Pero, con el tiempo, como suele pasar, los pioneros se asentaron e hicieron fuertes, y todos reclamaron su granito de arena en ese linaje de ingenuidad y descaro. Porque lo mejor de la movida fue, precisamente, la falta de cálculo, justo lo contrario de lo que vendría después, cuando los cronistas se empeñaran en enjaular al pájaro y este lo consintiera por el brillo que desprendían las barras.

La movida fue una corriente juvenil, urbana, que durante los primeros años ochenta del pasado siglo galvanizó los músculos aplanados de la música, la fotografía, el cine, el cómic, la pintura, la moda y hasta la filosofía de la capital (aunque, ojo, la movida gallega, tan caníbal, no se quedó atrás). Y, como es lógico, no se apagó de la noche a la mañana, sino que se fue consumiendo poco a

poco, del mismo modo que se consumen las llamas más violentas, con tristeza por lo perdido. Porque la movida fue una explosión tan brutal que se llevó a muchas víctimas colaterales por delante. El caballo tuvo mucho que ver. Si apenas veinte años antes eran los caballos que montaba la policía franquista los que provocaban el terror de los ciudadanos más inconformistas, ahora fue otro aún más letal, que se metió en las venas de tantos y tantos jóvenes que buscaban emociones fuertes sin saber que iba a tener consecuencias fatales. La heroína pinchó a la movida hasta desinflarla entre miles de muertes.

Hoy, cualquier «ceromante» puede descifrar los signos que acabaron por extinguir la llama de la vela, a saber, el cierre de la mítica sala Rock-Ola en 1985, tras una violenta reyerta entre *mods* y *rockers* en la que murió un chaval de dieciocho años; el declive de la no menos mítica revista *La Luna de Madrid*, tras la marcha de su director Borja Casani ese mismo año; y la muerte del «viejo profesor», el alcalde Enrique Tierno Galván, en 1986, todo un icono pop que acuñó tantas citas célebres como Wilde y Chesterton juntos. Entre ellas, esta, la más «total»: «¡Rockeros: el que no esté colocado, que se coloque... y al loro!», una invitación al desfase en una época —la de las birras, el caballo y la farlopa, la de la «cocaína tonifica» y «heroína crea síndrome»— en la que las puertas del consumo estaban abiertas para todos.

A pesar de que todo naufragio deja en el mar la cicatriz de sus pecios, la movida nunca se puso seria. Fue tan superficial y desafiante como las *flappers* de los años veinte. Mientras el mundo contenía el aliento por la guerra Iran-Iraq, Siniestro Total exigía al Ayatollah que no le tocara «la pirola». Polansky y el Ardor daban un paso más en ese Grado de Relaciones Internacionales y se preguntaban: «¿Qué harías tú en un ataque preventivo de la URSS?». A su vez, Glutamato Ye Ye se topaba con «un hombre en la nevera» y Parálisis Permanente manifestaba sus anhelos de santidad para que «cuando me muera / mi cuerpo quede incorrupto / y que todos los que me vean / queden muertos de susto».

Junto a esa vena sinvergüenza, la movida dejó también un buen puñado de versos y «lugares propicios al amor», como el Penta de *Chica de ayer* (uno de los bares legendarios de la movida, junto a La Vía Láctea y el Kwai), o el París del hombre lobo llamado Denís. Y, desde luego, revistas, fanzines, galerías de arte como la Vijande, donde un día se dejó caer Andy Warhol, las fotos de Ouka Lele y Alberto García-Alix, el *Arrebato* de Iván Zulueta y los títulos más transgresores de Pedro Almodóvar, símbolo de esa nueva España que se sacudía sin contemplaciones la caspa de la vieja.

Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón, *Laberinto de pasiones*, *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* y, entre tinieblas y películas, los conciertos del Rock-Ola... Viajemos al pasado, que no hace tanto tiempo. Volemos a las noches del Rock-Ola, cuando Fabio MacNamara no había visto todavía a la Virgen de Fátima y Pedro Almodóvar, su pareja artística, no había ganado ninguno de sus Oscars.

El Rock-Ola fue un local de vida efímera, como de hecho la propia movida, y quizá por eso la represente mejor que ningún otro. Se encontraba frente a las Torres Blancas, por la zona de Avenida de América, y, a lo largo de cuatro años, asiló a todos los grupos que aspiraban a

2003

No a la guerra... ¡Pásalo!

La invasión de Iraq de 2003 se podría estudiar en las facultades de Filosofía como un modelo de determinismo. Se había diseñado tiempo atrás en los despachos del Pentágono y la Casa Blanca, y, aunque las causas fueron imprecisas, la consecuencia siempre estuvo muy clara. El poder había escrito la crónica de una muerte anunciada y deseaba pasar página cuanto antes, pero la calle, tozuda, se propuso cambiar el curso de la historia y se movilizó con el urgente y atronador mantra del «No a la guerra». Según una encuesta del Instituto Gallup, un 74 % de los españoles se oponía al ataque contra Iraq, un porcentaje sensiblemente superior al de cualquier otro país de nuestro entorno.

Aznar pidió poco menos que un acto de fe a los españoles: «Pueden estar seguras todas las personas que nos ven de que les estoy diciendo la verdad: el régimen iraquí tiene armas de destrucción masiva y tiene vínculos con grupos terroristas»

Nadie discutía la crueldad del tirano objetivo de la campaña. Sadam Husein, viejo aliado de Estados Unidos en el golfo Pérsico, alardeaba en su currículum del uso de armas químicas en la guerra contra Irán, del genocidio kurdo y de la invasión de Kuwait que provocó la Primera Guerra del Golfo en 1991. Pero, a pesar de su empeño, Estados Unidos y sus socios no fueron capaces de presentar una sola prueba concluyente de que el régimen baasista almacenara «armas de destrucción masiva», el pretexto esgrimido por los ejecutores intelectuales para convencer a la opinión pública de la fatalidad de aquella guerra.

La ONU se negó a avalar el uso de la fuerza para el desarme iraquí y el mundo quedó fracturado en dos polos. Francia y Alemania —«la vieja Europa», en palabras del entonces secretario de Defensa de Estados Unidos Donald Rumsfeld—, Rusia y China encabezaron la oposición a esa aventura militar, que, sin embargo, contó con el apoyo explícito de Gran Bretaña, Australia, Italia, Portugal, Polonia, Hungría, Dinamarca... y España.

José María Aznar secundó las conjeturas de su homólogo estadounidense, George Bush, acerca de la amenaza que representaba Iraq para la seguridad mundial, y, desde finales de 2002, respaldó cuantas iniciativas puso su administración sobre la mesa para derrocar al dictador iraquí.

Ciego y sordo, el plan maestro siguió su curso, jalonado por hitos como la presentación de una segunda resolución sobre Iraq —redactada por Estados Unidos, Gran Bretaña y España— y la famosa Cumbre de las Azores, en la que Bush, Aznar, el *premier* británico Tony Blair y el

anfitrión portugués Durão Barroso posaron para la posteridad con el pan de un ultimátum debajo del brazo.

Después de la ceremonia televisada de los premios Goya, en la que el cine español mostró su cara más combativa, con una gala incendiaria y muy crítica contra la guerra, y ante la avalancha prevista para el 15 de febrero de 2003, con millones de ciudadanos convocados en todo el mundo para frenar la maquinaria bélica, Aznar trató de persuadir al pueblo de su misión. Durante una entrevista aquella misma semana, el presidente pidió poco menos que un acto de fe a los españoles: «Pueden estar seguras todas las personas que nos ven de que les estoy diciendo la verdad: el régimen iraquí tiene armas de destrucción masiva, tiene vínculos con grupos terroristas y ha demostrado a lo largo de la historia que es una amenaza para todos».

Su mensaje no logró desactivar a la calle, y el 15-F, sábado, España asistió a la mayor manifestación contra la guerra de su historia. El clamor popular se oyó en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Valencia y otras ciudades del país, pero también en Roma, Londres, Berlín o Nueva York. Fue la mayor marcha por la paz desde la guerra de Vietnam.

Los mensajes de móvil multiplicaron la resonancia de esa marea humana. Al igual que sucedía cada Nochevieja con las felicitaciones por SMS, el servicio se colapsó. Abanderados por un lema sencillo y contundente —«No a la guerra»—, los manifestantes corearon también otra de las consignas del momento: «No más sangre por petróleo», que denunciaba los supuestos intereses económicos de Estados Unidos para desencadenar las hostilidades.

Según el Gobierno, nuestro país no participó en la guerra de Iraq, y, aun así, el Ejército sufrió varias bajas. Fue un sinsentido más de un conflicto que la mayoría de españoles rechazó a pleno pulmón.

En Madrid, la marcha culminó en la Puerta del Sol, donde Pedro Almodóvar, Leonor Watling y Fernando Fernán Gómez —las gentes del cine volvían a tomar la palabra— leyeron un manifiesto que calificaba a la guerra como una «agresión» «inmoral» e «ilegítima» y sostenía

que aún «se podía parar». En Barcelona, el metro recibió a 400 000 pasajeros más que de costumbre y el Paseo de Gracia fue un acerico rebosante de alfileres humanos. Un simulacro de bombardeo se adelantó a las noticias que apenas un mes después coparían la actualidad informativa...

Aquella guerra no se podía parar. Esa fue la lección más dolorosa para millones de españoles durante aquellas semanas de 2003: la voluntad soberana ignoraba el resorte para detener a ese monstruo grande que pisaba fuerte, como en la canción de Mercedes Sosa. La razón había sido revocada mucho antes de que los políticos nos despertaran con los clarines del miedo. Solo veinte días después de que el cielo ardiera sobre Bagdad, las tropas estadounidenses derribaron la estatua hueca del megalómano en pleno centro de la ciudad. Fue un símbolo, que, como ya sabemos, no significó el final de la guerra, sino más bien el principio de un horror interminable.

La protesta global del «No a la guerra» también fue un símbolo, aunque, en este caso, el cabreo ciudadano sí que tuvo consecuencias. La impasibilidad de los gobiernos que subestimaron la voluntad de sus «súbditos» fue castigada en las urnas: el signo político rotó un año después en España, en los comicios más tristes de nuestra historia tras el trauma de los atentados de Madrid ■

2010

¡Iniesta de mi vida!

El lunes 12 de julio de 2010 a España no la conocía ni la madre que la parió. Se le habían puesto los mofletes rojigualdas, las banderas resbalaban por los balcones de las casas como lágrimas de alegría y las caras de los españoles estaban hinchadas, resacosas, también felices. De repente, así como si nada, un país mil veces acusado de no sentir una identidad nacional o, más bien, de avergonzarse de dicha identidad, comenzó a cantar, a gritar: «¡Yo soy español, español, español!». Y todo por un puntapié bien dado...

Quedaban cinco minutos de juego, corría el segundo tiempo de una prórroga agónica y pendenciera, cuando Cesc Fàbregas controló un rechace de la defensa holandesa en la frontal del área, pasó a Iniesta, y este fusiló al guardameta Maarten Stekelenburg con un balón cruzado. Era el 11 de julio de 2010 y la selección española —la Roja—, se había coronado, al fin, Campeona del Mundo en Sudáfrica.

Se descorchó la botella de cava y la espuma de la alegría, retenida durante tantos años, lo desbordó todo. El gol de Iniesta satisfizo una reivindicación histórica, cuyos orígenes solo los más veteranos podían precisar. Su derechazo conjuró la maldición atávica de los cuartos, ronda en la que los nuestros solían rendir la espada, y vengó el fallo de Cardeñosa contra Brasil en el Mundial del 78, el desastre de Naranjito, exprimido por los alemanes en la segunda fase de nuestro mundial, la fortuna de los belgas en los penaltis el año del Buitre, los reflejos humanos —demasiado humanos— de Míchel en la barrera, cuando Yugoslavia lanzó una falta y él apartó la cara para

El sueño de una noche de verano se vistió con banderas y lágrimas de emoción. Hubo vida después del gol de Iniesta, pero ¿quién podía pensar entonces en el día de mañana?

que no se la partieran, la nariz partida, ahora sí, de Luis Enrique, vareado por Tassotti —primo lejano de De Jong, el holandés que en la final de 2010 practicó kárate con el pecho de Xabi Alonso—, la vergüenza de la España de Clemente de 1998, el robo a mano armada de Corea, y Zidane, que valía por once, en 2006.

El gol de Iniesta devolvió la vida a las calles, vacías aquella tarde de verano, salvo en las zonas donde se habían instalado pantallas gigantes para seguir el partido. Desde primera hora de la tarde, la gente asaltó los mejores sitios en los bares o habilitó los salones de sus casas para recibir a las hordas de la Roja. Las banderas de España colgaban de los balcones y tatuaban las mejillas de los hinchas. El rojo era el color más cálido y un poco también el amarillo. Se diría, fíjense, que el verde se había apeado de los semáforos, consciente de que el 11 de julio nadie iba a circular por las calles. Los cánticos, simples y perdurables, repetían: «A por ellos, oé». Hubiera sido la canción del verano de no haber mediado Shakira con su «Waka-waka» (o sea, que todo quedaba en casa, o más bien en el campo). Desde Sudáfrica, las gradas propalaban el ritmo crujiente de las vuvuzelas, esas trompetas de plástico que sonaban a sabana y elefante.

El pueblo había tomado las plazas y avenidas no para llorar sus penas, como tantas veces antes, sino para compartir sus miedos hasta el gol de Iniesta, y sus risas, después y para el resto de la noche. Y no hubo ningún problema generacional: los padres eran tan tarambanas como sus hijos, y hasta es posible que estos reclamaran un poco de prudencia y sensatez a sus mayores, que todavía había que ganar a Holanda y la naranja mecánica no lo iba a poner nada fácil. Como nosotros, también aspiraba a coser la primera estrella en su camiseta, lejos de selecciones como Brasil o Italia, que cargaban ya con una constelación en su indumentaria.

Las trayectorias de ambos equipos hasta su cita en Johannesburgo fueron impecables. A excepción de un tropiezo en el primer partido frente a Suiza, España había completado un torneo fantástico, con una defensa infranqueable, un centro del campo creativo y una delantera siempre oportuna. Honduras, Chile, Portugal, Paraguay y Alemania probaron el hierro de los hombres del entrenador Vicente Del Bosque, mientras que los Países Bajos liquidaron en cuartos nada menos que a la pentacampeona, Brasil, y en semifinales a la Uruguay de Diego Forlán, polémico Balón de Oro para la FIFA.

El partido fue bronco. Impotentes para mimar la pelota, los jugadores holandeses recurrieron a las artes marciales para romper el encantamiento del once español, que, a fuerza de coces, olvidó el guion previsto. Poco a poco, sin embargo, el fútbol impuso su ley y España dejó destellos de esa fantasía bautizada como «tiki-taka», que la naranja mecánica había aliñado ya en los años setenta, cuando Cruyff y compañía depuraron el sistema del fútbol total. España procuraba volver a sus raíces y los hombres de van Marwijk, el patrón holandés, renegaban abiertamente de las suyas. La posesión era de la Roja, pero la naranja hacía daño a la contra y entonces solo cabía encomendarse a Iker Casillas, que tuvo una de sus noches más inspiradas y salvó un gol cantado de Robben en el minuto 61. Tras los noventa iniciales, empezó la prórroga, que, como los penaltis, tiene algo de suerte a cámara lenta. España llevaba la batuta dirigida por un magistral Andrés

Iniesta, cuando, a falta de cinco minutos para el final, el niño prodigio de Fuentealbilla (Albacete), que ya había amagado varias veces con la gloria, recibió el pase de Cesc, controló el balón, y, antes de disparar a puerta, el mismísimo Newton le chivó que Maarten Stekelenburg no iba a llegar, que se quedaría sentado, que era gol y que millones de españoles corearían su nombre hasta el fin de los tiempos. «¡Iniesta de mi vida!», gritó el ex futbolista y ex seleccionador nacional José Antonio Camacho, que comentaba el partido por televisión, y todos comprendieron lo que escondía aquella plegaria, las decepciones, la larga espera y la fe inquebrantable que se renovaba cada cuatro años y encontraba siempre un chivo expiatorio y arbitral a quien endosar el fracaso.

Todos ganamos al unísono. «El día más feliz de mi vida», dijeron José, Luis o Antonio, casados en dos ocasiones y con tres hijos. Todos gritamos «¡Gol!» a la vez, y el eco de nuestro grito fijó una idea clara, que fue graduando su eco. Todos pensamos: «Somos campeones del mundo de fútbol. Campeones del mundo (de todo). Campeones (del universo)».

Iniesta corrió a la esquina a celebrar el gol, su gol, el de sus compañeros y el de toda España, y en su cabalgada se quitó la camiseta para emocionarnos, más aún, con la dedicatoria de su obra de arte: «Dani Jarque siempre con nosotros». Su amigo, jugador del Español, había muerto en Italia solo un año antes por un problema coronario, mientras descansaba en el hotel durante la gira veraniega de su equipo.

La selección española voló de regreso a Madrid el 12 de julio. Tras aterrizar en el aeropuerto de Barajas a eso de las tres, fue recibida por el rey Juan Carlos en el Palacio Real y más tarde por el presidente José Luis Rodríguez Zapatero en La Moncloa.

No hubo pocos que acusaron a Gobierno e instituciones de instrumentalizar el sentimiento exacerbado de alegría de unos ciudadanos inmersos en una crisis económica brutal, que veían perder sus trabajos, sus casas, hasta su comida sin saber muy bien por qué. Pero en aquellos momentos eso no parecía importar. Ya nos lo advirtió José Luis Sampedro: «El culto hispánico religioso ha cedido paso a una nueva fe, en la que los sacerdotes emergen desde una cavidad subterránea y ofician con el pie». Y aquel día desde luego, aunque fuese solo por unas pocas horas, el fútbol tuvo la facultad de resucitar a buena parte de todo un país.

«El culto hispánico religioso ha cedido paso a una nueva fe, en la que los sacerdotes emergen desde una cavidad subterránea y ofician con el pie»

Por la noche de ese 12 de julio de celebración, cientos de miles de personas escoltaron a los campeones en su paseo triunfal por las calles de Madrid. La Gran Vía volvió a teñirse de rojo y Cibeles y Neptuno se estrecharon las manos. La comitiva alcanzó la explanada del Puente del Rey, junto al río Manzanares, y saludó al cuarto de millón de personas que vitoreaban a sus ídolos. Un castillo de fuegos artificiales clausuró la fiesta. Pasara lo que pasase, España había ganado el Mundial, y, como los españoles somos de natural escépticos, quizá lo de José, lo de Luis, lo de Antonio, no fuera tan exagerado: se habían casado dos veces en su vida y tenían tres hijos, pero Mundial no iban a tener más que uno ■